

Áreas de acción y contenido de la tutoría en la educación superior

Magdalena Fresán Orozco

INTRODUCCIÓN

La función tutorial tiene un papel central en el diagnóstico y la superación de los problemas relativos a las capacidades, habilidades y hábitos de estudio de los alumnos; en su motivación y gusto por el estudio, y en su interés por superar su situación económica y cultural mediante la educación universitaria. Contrarrestar las inquietudes derivadas del tránsito de un ambiente preuniversitario al universitario, es otro elemento que influye en la retención de los alumnos en la universidad. El abandono de los estudios durante el primer año parece relacionarse con la adaptación al ambiente universitario. La progresiva flexibilización de los planes de estudio y, por consiguiente, la posibilidad de seleccionar importantes tramos del plan de estudios, así como de participar en programas de movilidad, demanda un apoyo académico acertado por parte de los tutores. El contenido de la tutoría se ubica en el desarrollo de la metacognición, es decir, de la conciencia de los procesos cognitivos involucrados en el proceso de aprendizaje para posibilitar al estudiante la construcción de mecanismos de autorregulación, e incluso modificar sus estrategias cognitivas.

Las transformaciones sociales, económicas, culturales y políticas ocurridas durante los últimos años, y el asombroso avance en los sistemas de información y comunicación, serán retos de gran magnitud para las instituciones educativas en para los próximos años. El desarrollo de áreas como la Computación, la Microelectrónica, la Robótica y la Biotecnología, y sus aplicaciones en las comunicaciones, la producción y los servicios, es impresionante. La innovación de procesos y productos no puede desligarse de la idea de *contenido* de conocimiento. La apertura de los mercados al comercio transnacional a partir de los tratados multilaterales y la competencia entre éstos, se suman a la acelerada transformación

de los saberes y competencias laborales y profesionales; a la consecuente transformación del ejercicio de las profesiones y del mercado de trabajo, y a la creciente apertura de las fronteras al comercio de bienes, servicios y profesionales planteando nuevas exigencias a las universidades, que deben ser atendidas con los actores y procesos existentes.

La universidad del siglo XXI encara las transformaciones políticas, sociales, económicas y tecnológicas con una actitud de asombro. Los estudiantes llegan a la universidad con actitudes muy distintas a las de los de las décadas más próximas. Generalmente saben más que sus profesores sobre el uso de computadoras y programas, participan en redes de comunicación del sector juvenil en múltiples campos y con diferentes propósitos. Los cambios tecnológicos se suceden uno a uno sin dar apenas tiempo para comprenderlos y asumirlos dentro del currículum. La educación semipresencial y a distancia crece en forma acelerada. La sociedad exige cada vez con mayor insistencia la formación de profesionales que tengan posibilidades reales de insertarse en un mercado que cambia en forma vertiginosa. La sociedad exige también que las instituciones públicas utilicen racionalmente los recursos que reciben y que se comprometan con los problemas más urgentes de su entorno. Los conocimientos llegan a los estudiantes a través de muchos medios, cada vez con mayor frecuencia se habla de la desaparición de la universidad tal como la conocemos. La universidad se siente amenazada.

Los académicos, que han logrado a lo largo de muchos años consolidarse como docentes e investigadores, se sienten también amenazados. Hoy se les pide que hagan cosas nuevas; que abandonen la palestra para convertirse en guías del proceso enseñanza-aprendizaje; que dediquen horas fuera de las asignadas dentro de los cursos para atender a los alumnos y ayudarles a resolver dudas o problemas

de aprendizaje; que asuman la tutoría como una forma de acompañar al alumno en el proceso formativo no sólo académico sino personal.

Muchos académicos se resisten al cambio. El confort de la posición alcanzada a lo largo de su vida peligra. Ser parte de un proceso de enseñanza-aprendizaje dialógico, participativo, en el que docentes y estudiantes asumen la condición de sujetos del mismo proceso, implica nuevas necesidades de estudio, esfuerzo y dedicación. Otros profesores se entusiasman ante la idea del cambio, y deciden participar. Para hacerlo con profesionalismo se incorporan a talleres y cursos para aprender las nuevas teorías y los nuevos roles; dedican parte de su jornada laboral a la preparación de sus alumnos y encuentran nuevamente el lado humano del proceso educativo con toda su riqueza y sus valores. Muchos otros se incorporan a las nuevas actividades sin asumir que es necesario formarse para ellas. Esta situación es preocupante y debiera ser estudiada y corregida en el corto plazo. Sería terrible que se cobijen a la sombra de los programas institucionales de tutoría insuficiencias formativas, carencias disciplinares u omisiones en el cumplimiento de otras funciones. En otras palabras, que se vinculen al programa de tutorías profesores que no han logrado culminar sus estudios o destacar como investigadores.

Si para consolidar la investigación ha sido necesario formar a los profesores en los niveles de maestría y doctorado a través de programas nacionales y contratar graduados de tales programas, una tarea tan importante como la tutoría no tiene porqué exigir requisitos formativos menores. El ámbito de la tutoría tiene que ser el espacio de los mejores académicos, si este espacio no es habitado por académicos con una sólida formación y un vigoroso compromiso con la institución, corre el riesgo de transformarse en un territorio deseable para grupos ávidos de poder, integrados por profesores faltos de reconocimiento como investigadores y docentes.

Como consecuencia de los programas nacionales orientados a la habilitación del personal académico, progresivamente las instituciones de educación superior tienen más maestros y doctores; pero cada vez es más evidente que estos académicos saben muy poco de pedagogía e incluso tienen un aprecio menor por la docencia universitaria que por la investigación. Parece necesario iniciar un movimiento de reivindicación del rol del profesor. Ser profesor implica profesar una fe y un compromiso con la educación. Y en un mundo cambiante, en el que se insiste de manera reiterada en que debemos formar al estudiante para aprender a aprender, los actores principales del proceso de cambio se rehúsan a continuar su propio proceso formativo

¿Por qué este proceso de disolución? ¿Por qué el sector académico se debate entre la resistencia al cambio o la improvisación? Posiblemente porque en algún momento de la historia de la profesión académica valoramos actividades

distintas a la docencia como más importantes o más convenientes para el desarrollo personal que el proceso formativo. Porque en algún momento la docencia pasó de ser el eje de la vida universitaria a ser una actividad secundaria. O quizá porque hemos olvidado el significado de la palabra profesor. Profesor es quien profesa. Ser profesor implica profesar, en primer lugar, un respeto irrestricto por uno mismo, por nuestra palabra; profesar un respeto incondicional por el otro y un compromiso auténtico con la formación de los jóvenes.

Un profesor, por tanto, no puede ser alguien que ya dejó de estudiar. Es un universitario que supera día a día su capacidad de expresar y argumentar sus ideas, que busca el sustento teórico y metodológico para su trabajo y sus productos académicos. Quien se dice profesor y no actúa así, engaña a los estudiantes, comete fraude con la sociedad, pero sobre todo, trata de engañarse a sí mismo, aunque en el fondo sabe que su actuación es mediocre y que su propia mediocridad lo hace cada día menos digno de un nombre que parecemos haber olvidado, el nombre de maestro.

EL CONTEXTO DEL TRABAJO TUTORIAL

Hice un preámbulo largo antes del hablar del potencial de la tutoría en las universidades del siglo XXI, porque esta es una actividad crítica, delicada, que requiere un compromiso tan grande como la docencia frente a grupo.

Nuestros alumnos llegan a la universidad marcados por un origen socioeconómico y un clima cultural y familiar sobre el cual difícilmente podemos incidir. Con este bagaje cursaron su educación básica y media y desarrollaron un conjunto de capacidades y algunas habilidades y hábitos de estudio, herramientas frecuentemente insuficientes para el trabajo en el nivel universitario. Este es un aspecto en el cual la función tutorial tiene un papel central: diagnosticarlo y propiciar la superación de las carencias que impedirían al alumno concluir sus estudios sería su motivo fundamental.

Ambos, el entorno familiar y la formación previa al ingreso a la universidad, han ejercido una influencia modeladora en la motivación del estudiante, en su gusto por el estudio, en su interés por superar su situación económica y cultural mediante la obtención de un título universitario, y en su compromiso con su propio desarrollo. También han impreso en el ánimo del estudiante valoraciones diversas sobre la importancia de la educación en la vida de los individuos. De estas convicciones derivan sus expectativas acerca la posible influencia de la formación universitaria sobre su desarrollo como ser humano y como profesional. Estas expectativas, a su vez, sustentan su disposición al involucramiento en las diversas tareas del proceso formativo.

El sentido positivo o negativo, intenso o endeble, de tales influencias, es determinante para la actitud de los alumnos ante el estudio y para sus expectativas sobre un

futuro promisorio al término de sus estudios. Contrarrestar las influencias negativas indicadas es otro de los espacios propios de la actividad tutorial.

El tránsito de un ambiente preuniversitario al universitario es otro de los elementos que se han evidenciado como puntos críticos en la retención de los alumnos en las instituciones de educación superior. Abandonar un entorno seguro, dejar atrás a los amigos que los acompañaron durante la difícil etapa de la adolescencia para incorporarse a un medio nuevo que se percibe por desconocimiento, hostil, impersonal y generalmente de mucha mayor magnitud que el ámbito de los estudios de bachillerato; encarar una organización universitaria orientada a las áreas de conocimiento específicas y asumir nuevas relaciones maestro-alumno, que depositan súbitamente la responsabilidad del proceso formativo sobre los propios jóvenes, despierta en los alumnos recién llegados a la universidad temores que suelen tener gran intensidad; estos temores son particularmente críticos en los estudiantes que presentan una autoestima baja. El abandono de los estudios durante los primeros ciclos lectivos o durante el primer año parece relacionarse particularmente con el proceso de adaptación al ambiente universitario. Este es otro de los puntos que demandan una precisa intervención tutorial.

Otro eje esencial de la actividad tutorial se relaciona con la progresiva flexibilización de los planes de estudio. La posibilidad de seleccionar importantes tramos del plan de estudios y de participar en programas de movilidad demanda un apoyo académico y un consejo acertado por parte de los tutores. Sabemos, por experiencia, que el alumno en muchas ocasiones selecciona cursos o seminarios de baja dificultad que, si bien, le permiten expandir las fronteras de su campo profesional, en ocasiones favorecen la acumulación de créditos sin la correspondiente asimilación de herramientas conceptuales, metodológicas o técnicas. Las consecuencias de las malas decisiones curriculares se vivirán más tarde traducidas en dificultades para un desempeño exitoso en la práctica profesional y en el consecuente desprestigio de la institución. No se trata de imponer al alumno trayectorias no deseadas; se trata de empoderarlo, a través de la tutoría, para que tome las decisiones más convenientes para su futuro profesional.

La proliferación de actividades semipresenciales es otro campo en el cual campea la improvisación. El uso de nuevas tecnologías requiere cambios tanto en el estudiante como en el profesor. La búsqueda sistemática de información idónea para los propósitos de la actividad formativa no es una tarea sencilla. El intercambio electrónico de argumentos de propuestas y de conclusiones será cada día más frecuente en la formación universitaria. El mayor reto será lograr el aprovechamiento cabal de estas herramientas, rivalizando con las tendencias a la banalidad, al uso incorrecto del idio-

ma y a la simulación (todos conocemos el clásico recorte y pegado que utilizan con mucha frecuencia los estudiantes). En este ámbito es preciso formar a los tutores (situación siempre difícil por la resistencia de las viejas generaciones a incursionar en el manejo de los equipos y programas). Es largo el sendero que deberemos recorrer en esta área, pero es preciso cuidar la producción de programas y materiales adecuados y el acompañamiento a distancia, tareas todas ellas que suponen habilidades específicas.

LA SIGUIENTE ETAPA EN EL TRABAJO TUTORIAL

Han transcurrido casi ocho años del momento en que el sistema de educación superior público asumió el compromiso de incorporar las tutorías como herramienta para mejorar la calidad de la formación universitaria y los índices de retención y eficiencia terminal de las universidades. El avance del programa ha sido impresionante. Los trabajos presentados en los distintos eventos relacionados con la tutoría hablan de resultados que no hubieran sido posibles sin la convergencia del entusiasmo y compromiso de los académicos con políticas institucionales de apoyo al establecimiento y desarrollo de estos programas. Sin embargo, como puede apreciarse en las publicaciones relativas a esta actividad o en las innumerables presentaciones a los congresos, la heterogeneidad de los procesos y resultados es inmensa.

Hemos arribado a este momento sin un importante sustento de carácter teórico y metodológico. Es cierto que asombra la precisión en el manejo de ciertos consejos básicos: el deslinde entre tutoría y asesoría, la claridad en las funciones del tutor, el reconocimiento de la necesidad de un esfuerzo integrado de las instituciones para consolidar el programa y lograr resultados satisfactorios para ellas. Es la hora de evaluar los avances logrados, las metas pendientes y los aspectos no resueltos. Es el momento de realizar investigaciones rigurosas y reflexionar sobre los elementos filosóficos y pedagógicos que subyacen a los comportamientos de los tutores, de los tutorandos y de la relación entre ellos. ¿Y por qué no? de investigar el impacto de la tutoría en la vida universitaria. A partir de información proveniente de muchos académicos, la operación de la tutoría ha puesto sobre la mesa la discusión sobre la docencia sobre el proceso formativo, sobre la idoneidad de los modelos educativos. Adicionalmente ha originado profundas discusiones entre quienes le atribuyen un carácter paternalista y quienes la visualizan como un programa orientado al empoderamiento de los estudiantes. Parece ser el momento adecuado para estudiar estas posiciones contrastantes a la luz de los resultados y de la percepción de los estudiantes sobre la tutoría.

Existen pocas investigaciones sobre la tutoría. El común denominador de los trabajos de investigación de quienes,

comprometidos con esta actividad, tratan de darle un sustento teórico y metodológico, es el de la búsqueda. Búsqueda que converge con la necesidad de rescatar el sentido del trabajo docente en las instituciones educativas. Quizás estamos llegando a un momento en el cual debemos contrastar el contenido del discurso educativo y nuestro trabajo cotidiano. Hace años que hablamos de procesos centrados en el aprendizaje y en el alumno y hablamos de las tutorías como una actividad que contribuye a esta centralidad. Hablamos también de que el alumno debe aprender a aprender porque la evolución del conocimiento supera los espacios temporales que supone la culminación de una carrera universitaria. Sin embargo, pocos académicos nos pueden hablar de manera informada sobre las estrategias cognitivas y metacognitivas. Los procesos de comprensión, retención y recuperación del conocimiento no son, en muchos casos, conocidas por los profesores universitarios, menos aún los aspectos relativos a la conciencia y el control de los estudiantes sobre el proceso de aprendizaje. Afirmar que la tutoría ayuda al estudiante a aprender a aprender supondría necesariamente conocer cuáles son las estrategias útiles para este efecto.

EL PAPEL DE LA TUTORÍA EN LA FORMACIÓN UNIVERSITARIA

Apoyándonos en la teoría de la zona de desarrollo proximal de Vygotsky, podríamos comprender de alguna manera cuál debiera ser el papel de la tutoría en la formación universitaria. Recordemos que Vygotsky describe la zona de desarrollo próximo como la distancia entre el nivel real de desarrollo del individuo y el nivel de desarrollo potencial que puede alcanzar bajo la tutoría de un adulto o un compañero más capaz, o más precisamente como la diferencia entre el nivel real de desarrollo para resolver un problema con autonomía y el nivel de desarrollo potencial bajo la guía de un tutor. Este autor utiliza un concepto adicional al que denomina andamiaje educativo en analogía con el uso de los andamios que se emplean en la construcción. El andamiaje educativo es el conjunto de estrategias cuyas funciones esenciales son brindar apoyo, servir como herramienta y poder usarse selectivamente cuando sea necesario. La idea que subyace a la propuesta de Vygotsky es que el conocimiento y la experiencia del tutor proveen al estudiante de este andamiaje para avanzar a un punto más lejano o profundo que lo que su desarrollo personal le permite, y que tal andamiaje deberá irse retirando conforme los estudiantes amplían su zona de desarrollo personal.

La tutoría sería a la formación universitaria lo que el andamiaje educativo a la zona de desarrollo próximo. Sin embargo, es preciso señalar que un buen vínculo entre tutor y tutorado supone una transformación del trabajo docente

que requiere, como señaló el doctor López Calva en el Primer Congreso Nacional de Tutorías, el análisis y resignificación progresiva de la cultura docente dominante.

La función tutorial constituye un mecanismo de retroalimentación esencial para mejorar la práctica docente. La brecha generacional nos impide acceder con facilidad a las representaciones del estudiante acerca del proceso formativo, de las características aceptables y rechazables de los docentes, de las formas de conducción y de los mecanismos de evaluación del proceso educativo. Escuchar las opiniones de los tutorandos sobre las formas de la práctica docente de otros académicos opera para el tutor como un espejo que revela sus propias carencias o limitaciones. Identificar las actitudes de otros docentes que generan conflicto entre los jóvenes de hoy, permiten a los tutores apreciar el impacto de comportamientos que fueron apropiados para otras generaciones, pero que actualmente resultan intransigentes o anacrónicos. Por ello, quien lleva a cabo la función tutorial transforma su práctica docente. Sin embargo, aún se discute si la tutoría es una función adicional a la docencia y si la participación en esta actividad constituye una sobrecarga de trabajo.

Estas situaciones formarán parte de un pasado cuando se reconozcan como procesos integrantes de una misma práctica que se relaciona con las necesidades de aprendizaje del estudiante. Un académico como docente o tutor tiene la función de orientar al estudiante en sus experiencias de aprendizaje, para que logre constituirse en un individuo autónomo competente y crítico. Si actúa como docente, colabora con el estudiante en la construcción del conocimiento, y si actúa como tutor, lo apoya en la revisión de sus propios procesos cognitivos para adquirir conciencia y capacidad de control sobre estos procesos. Lo apoya, asimismo, en la confección y diseño de la trayectoria más adecuada para su formación profesional. Las formas de trabajo en la docencia y la tutoría son comunes, aunque los énfasis puedan ser distintos, una y otra actividades convergen en la intención de lograr la madurez personal y la formación profesional. Pueden aparecer distintas cuando la docencia se circunscribe a la mera transmisión del conocimiento y la tutoría opera como acompañamiento, pero cuando se asumen modelos de carácter activo que estimulan la participación del estudiante en el proceso formativo, en los cuales el docente actúa como coordinador o guía del proceso de enseñanza aprendizaje, se esfuman los linderos entre una y otra actividad. La diferencia esencial entre ellos es el núcleo del trabajo docente-alumno. En el caso de la docencia, el núcleo que articula la relación es el conocimiento, y en el caso de las tutorías, este papel lo asume el desarrollo personal del estudiante.

En algunas instituciones se está instrumentando un modelo de tutoría entre iguales que combina elementos

propios de la tutoría con otros que se ubican en el ámbito de la asesoría académica. En este modelo participan alumnos de cursos avanzados y aparentemente funcionan adecuadamente en lo que se refiere a las estrategias del trabajo y de organización del aprendizaje. La cercanía de las edades del tutor y del tutorando facilita la confianza y la colaboración.

LA TUTORÍA Y LA ATENCIÓN DE GRUPOS ESPECIALES (PROGRAMA DE APOYO A LOS ESTUDIANTES INDÍGENAS EN LAS UNIVERSIDADES MEXICANAS)

En el año 2001, la ANUIES y la Fundación Ford pusieron en marcha un proyecto de apoyo a los estudiantes indígenas en las universidades mexicanas, este proyecto constituye uno de tantos de los mecanismos necesarios para resarcir a las poblaciones indígenas del olvido al que han sido condenados por la sociedad mexicana y sus instituciones durante más de 500 años.

Alejandra Romo, en su libro *Evaluación del Programa de tutorías para estudiantes indígenas*, nos relata cómo la magnitud del olvido y la desatención dificultaron la identificación de los estudiantes de origen indígena que existían en las universidades. La baja autoestima, la humillación de ser considerado inferior por el origen indígena ante los patrones de discriminación que prevalecen en nuestra sociedad, escondían la presencia de estos estudiantes en el universo estudiantil. Nos narra cómo, en adición a las desventajas socioeconómicas, los estudiantes indígenas tienen serios problemas en su formación académica y, en muchas ocasiones, incluso para el manejo de la lengua española y los lenguajes formales. Por tanto, sus expectativas de culminar una carrera son inferiores a los que pueden observarse en los estudiantes originarios de las zonas urbanas y mestizos en cuanto a su origen étnico.

A partir de la experiencia con los programas de tutorías en las universidades mexicanas, se consideró que esta actividad podría ser de enorme ayuda para que los alumnos indígenas contasen con los elementos académicos y de acompañamiento necesarios para enfrentar los estudios universitarios y culminar sus estudios. Obviamente este programa, además de las tutorías, fue acompañado de diversas prácticas tendientes a propiciar la inclusión de los estudiantes indígenas en la comunidad educativa de maestros y alumnos, para que éstos pudieran ser “aceptados desde su diferencia, y respetados y valorados precisamente por ser diferentes”.

Didou y Remedi, en el libro *Pathways to Higher Education, una oportunidad de educación superior para jóvenes indígenas*, señalan que las tutorías son uno de los pilares fundamentales del programa; si la tutoría falla, el programa se debilita. ¿Por qué? El problema estriba en que “el ser

indígena” posee una muy fuerte dosis de estigmatización, sobre todo en grupos que mantienen un estrecho contacto con poblaciones blancas. Pese a que el sector indígena ha logrado un posicionamiento en varios sectores sociales, los jóvenes indígenas aún sufren la discriminación y rechazo de los mestizos, tanto en el ámbito laboral como en el educativo.

Las instituciones han diseñado acciones para contrarrestar esta discriminación, y el tutor, en tanto figura significativa para el alumno, juega un papel esencial en el proceso de revaloración personal a través de una interlocución respetuosa y apreciativa de las características étnicas.

CONCLUSIÓN

La reorientación en las tendencias educativas mundiales hacia la formación tutorial como estrategia para superar los problemas de descuido y desatención de los estudiantes, constituye una presencia constante en el escenario europeo de educación superior. El *Informe Bricall* (2000) plantea la necesidad de instrumentar programas de apoyo a los estudiantes como consecuencia de los disfuncionamientos observados en un diagnóstico sobre la universidad española a finales del siglo xx. A partir del año 2004, las horas de tutoría se han convertido en una nueva obligación laboral para los profesores universitarios. En muchos países se visualiza esta forma de acompañamiento como el mejor mecanismo para incrementar la calidad de la formación universitaria.

En nuestro país el entusiasmo y la convicción de los académicos involucrados en los programas de tutoría permite suponer que esta actividad no sólo se asimilará progresivamente a la vida universitaria, sino que paulatinamente construirá una estructura conceptual que dé soporte a su desarrollo, a la realización de investigaciones de diferentes aspectos y dimensiones del trabajo tutorial, y a una importante transformación de la educación superior. •

Referencias

- ANUIES/Fundación Ford. *Programa de Apoyo a Estudiantes Indígenas en Instituciones de Educación Superior: 2001-2003*. México.
- Didou, S. y Remedi, E. (2007). *Pathways to Higher Education, una oportunidad de educación superior para jóvenes indígenas*. México: Biblioteca de la Educación Superior/ANUIES.
- Romo, A. (2007). *Evaluación del Programa de tutorías para estudiantes indígenas*. México: Biblioteca de la Educación Superior/ANUIES.
- Vigotsky, L. (1992). *Pensamiento y lenguaje*. México: Ediciones Quinto Sol.

MAGDALENA FRESÁN OROZCO. Es profesora investigadora titular adscrita al Departamento de Ciencias Sociales en la Unidad Cuajimalpa de la UAM. Correo electrónico: mfresan@correo.cua.uam.mx